



## LOS PALETOS EN LA PLAYA

—¡Da vergüenza ver a estas mujeres, padre!

—Anda, ¿y eso te asusta? ¡Pues con el Ayuntamiento de Madrid van vestidas...!

Dib. AREUGER.





# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA (Buenos Aires)

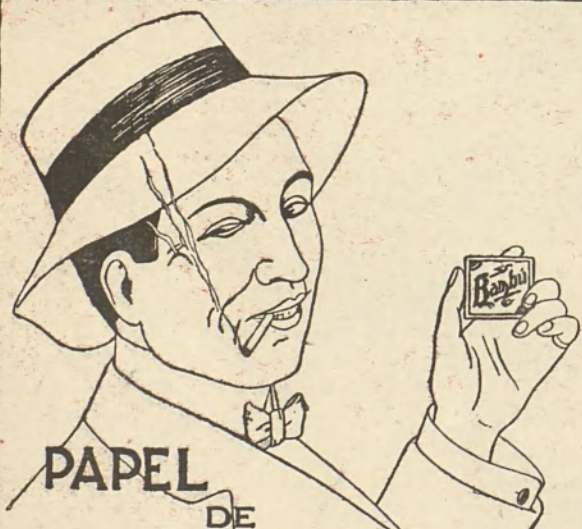
Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

### REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL  
DE  
FUMAR

# BAMBÚ



2. FUENTE

LOS FAMOSOS  
POLVOS INSECTICIDAS  
**LEYER y COMP<sup>a</sup>**  
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA  
CLASE DE INSECTOS



# SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

15.—¿Que hacen esos militares?



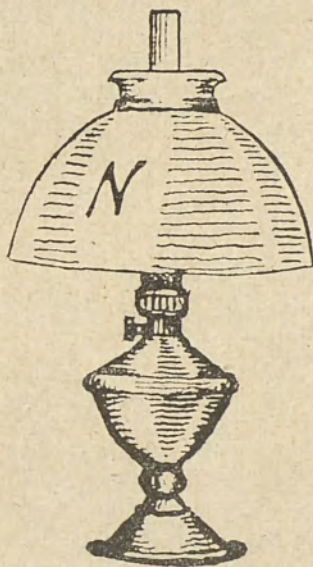
16.—Refrán.



17.—Charada

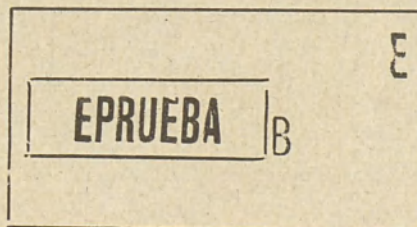
—Cómo te mimas la patrona; se ve que te aprecia.  
—Segunda prima tertia buen servicio, y de ahí viene tanto todo.

18.—¿Cuándo vas a estar allí?



10 X 500

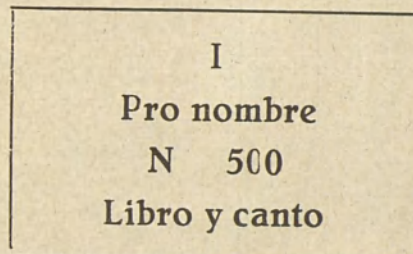
19.—¿Divisas bien aquel buque?



20.—Refrán.

RAJA-HQU  
500  
AA

21.—¿Quién es ese tipo?



22.—Charada.

—Me ha dicho tu madre que como te muevas de la prima segunda tertia prima tertia prima tertia.  
—Y además puede que te encuentres con algún todo.

23.—Refrán.



Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de julio





# CABALLERO:

## el AGUA de COLONIA

*Varon Dandy*

**es la única que**  
 usada en fricciones, tonifica  
 los músculos, refresca la  
 piel, suprime la fatiga y  
 comunica al cuerpo una  
 fragancia de alta origina-  
 lidad varonil.

**PERFUMERIA PARERA**  
 BADALONA

legítimo «Varón Dandy» sólo se vende embotellado. A granel, es siempre falsificado

### DEPILATORIO VITA

Depilación segura, rápida y completa  
 Inofensiva del vello y pelo  
 superfluo que tanto afea a la mujer.

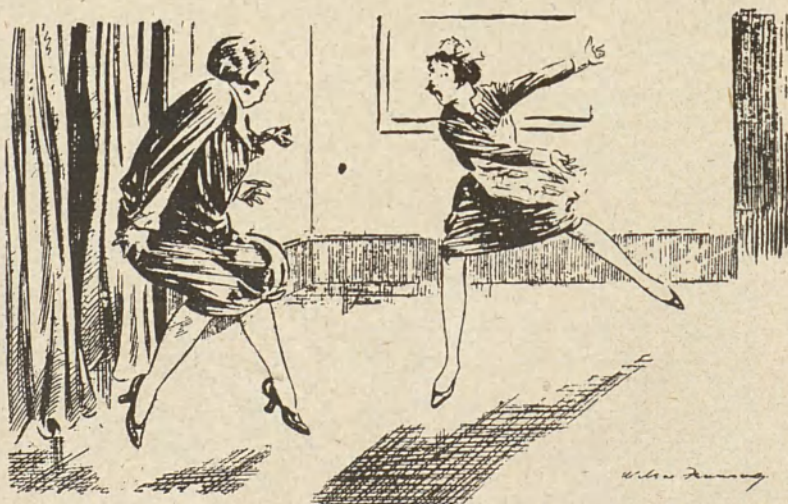
De venta en Perfumerías  
 A. R. OLIVÉ, Cuesta de Santo Domingo, 7  
 MADRID

PROTECCIÓN ELABORADA  
 FCA DE GUANTES  
 MARIO HERRERO  
 SUCESOR DE



*G. Zorro*  
 SON LOS  
 MEJORES POR SU CLASE  
 Y ESMERADA CONFECCIÓN  
 MADRID

CORTE INGLÉS  
 CARRETAS, 14  
 SUCURSAL ALCALÁ 33 LAS CALATRAVAS



De The Passing Show.

**ALBERTO**

Pulseras de pedida  
 7, CARRETAS, 7

—¡Señor! ¡El señor se acaba de morder a sí mismo!  
 —¿Cómo es posible?  
 —Sí; es que se ha sentado sobre su dentadura postiza.





Año VII

# BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 22 de julio de 1928



Núm. 347

## CHARLAS DOMINICALES



A desaparición del banquero Lowenstein, cayendo al mar desde la puerta del avión que tripulaba, plantea a los pueblos dos grandes problemas.

Uno, referente a "Consumos".

Y otro, que atañe a los "Juegos de Azar".

O, dicho de un modo menos misterioso: "¿Deben suprimirse las puertas?"...

El régimen fiscal de los Ayuntamientos habrá seguramente de oponerse a tal supresión, sinónima de la libre entrada del *matute*.

Del mismo modo la banca de Montecarlo juzgaría ruinosa la supresión del *cero*, equivalente, en la ruleta, a la consabida *puerta*, propia de todos los deportes del *no va más*.

La supresión que pudo salvar al banquero Lowenstein, sería la muerte de cualquier otro "banquero" de *bacarrat*. Suprimido el *empate a una*, los "banqueros" del *treinta y cuarenta* vendrían, también, a morir en *canal*, como el millonario judío...

El problema, pues, tiene mayor importancia de la que se cree.

Existiría, no obstante, una solución.

La de suprimir la *puerta*, únicamente en los aviones.

Pero esto es imposible. Dichos aparatos, cuyos motores se inflaman a menudo, han de tener, por lo menos, una "salida para casos de incendio". ¿Por dónde, si no, habrían de *salvarse* los pasajeros, en caso de *chamusquen*?...

¿Quién sabe si fué por la tal

"salida", por donde el infeliz jugador de Bolsa descendió *mil enteros* sobre el "Canal de la Mancha", y sobre la *cotización* del día anterior!...

¿Acaso jugaba a *fin de mes*, y decidió hacer el gran negocio!...

Nada puede afirmarse con certeza.

Las últimas noticias afirman que Lowenstein era aficionado a dar cuantiosas propinas en los Hoteles.

¿No será esta generosa costumbre la que le ha perdido?...

El deseo de obtener una buena gratificación habrá, sin duda, movido al *botones* del avión a entreabrir la fatal

mampara, diciendo amablemente al millonario: "¡Pase el señor!"...

Sea como sea, la cuestión de la "Seguridad aviatoria" debe estudiarse con mucho cuidado.

Previsores "letreros" deben indicar al pasaje lo peligroso de "apearse en marcha", y lo expuesto de entrar en el *lavabo*, ya que el hacer esto último sin las debidas precauciones puede conducir al pasajero a un *lavabo* tan grande como el mismo mar.

Convendrá, por otra parte, dotar de "salvavidas" a los tripulantes pobres. Los ricos van por lo regular bien dotados de toda clase de "chalecos". Acaso el peso excesivo de los bolsillos, en el que usaba Lowenstein habrá perjudicado a éste, impidiéndole *f'otar* sobre las andas y arrastrándole al *interior* (cuatro por ciento, con "cupón" corriente).

A más de las dichas precauciones, precisará tomar otras contra estos judíos banqueros, que, a lo mejor, fingen tragedias terribles, llevados únicamente de un deseo de *reclame*...

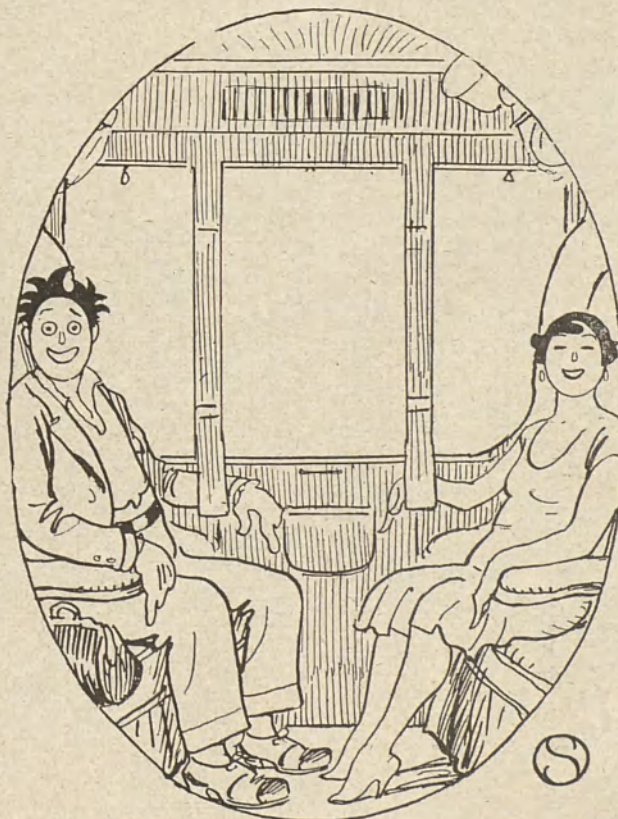
¿Sería estupendo que un día apareciese, *por el foro*, el presunto naufrago, anunciando la *suscripción* a unas "Acciones" de "Seguros contra accidentes aéreos"!...

Es de esperar que no. Para lo cual convendrá también suprimir la *puerta* del citado *foro*,

Y hasta poner *burlate*.

Porque, vamos... *Caerse de un nido*, ante un señor que presume de haberse caído de dos mil metros de altura, es hacer el ridículo.

Y eso, no, mi querido "Rey de las propinas".



Dib. SILENO—Madrid.

LUIS DE TAPIA



# EL CRIMEN DE HACE UNOS DIAS

Melecio, un chu'o asqueroso,  
de groseros sentimientos,  
por la Balbina los vientos  
bebía, en trance amoroso.

Claro está que su pasión  
la aparentaba infinita,  
para sacarla la *guita*  
y hasta empeñarla el mantón.

Pero Balbina, *coñada*,  
aguantaba a aquel castizo,  
y por más *faenas* que hizo  
nunca se quejó de nada.

Melecio, con tal ardid,  
fama entre los hombres duchos  
gozaba; (como éste, hay muchos  
sinvergüenzas en Madrid).

Vocifereaba a destajo,  
y con esas cualidades

formaba en las Sociedades  
de resistencia... al trabajo.

Sucedió lo natural  
en estas combinaciones:  
crecen las *obligaciones*  
pero mengua el *capital*

Para poder ir pasando  
esta miserable vida,  
Balbina fué requerida  
de amores de contrabando;  
y por seguir a su *socio*  
sosteniendo con *postin*,  
hubo de ceder al fin  
y se metió en tal negocio.

.....  
.....

Muy pronto al bravo Melecio

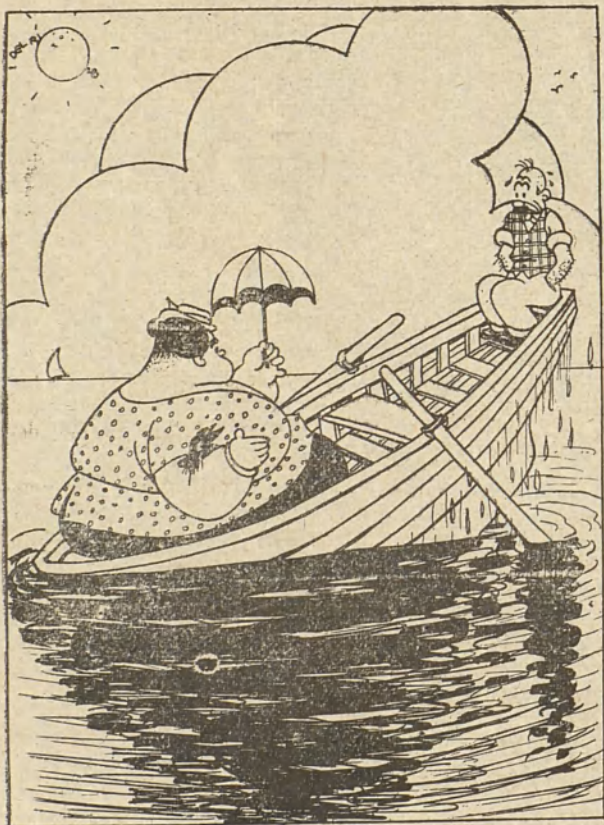
le enteraron del asunto,  
y prometió en aquel punto  
tomar venganza a buen precio.

A la casa de Balbina  
subió, y se enredó el ovillo;  
llamóle ella *golfo* y *pillo*  
y él la llamó *só cochina*.

Con feroz exaltación,  
él puso un gesto alarmante,  
cayó de hinojos la amante,  
llorando, y pidió perdón.

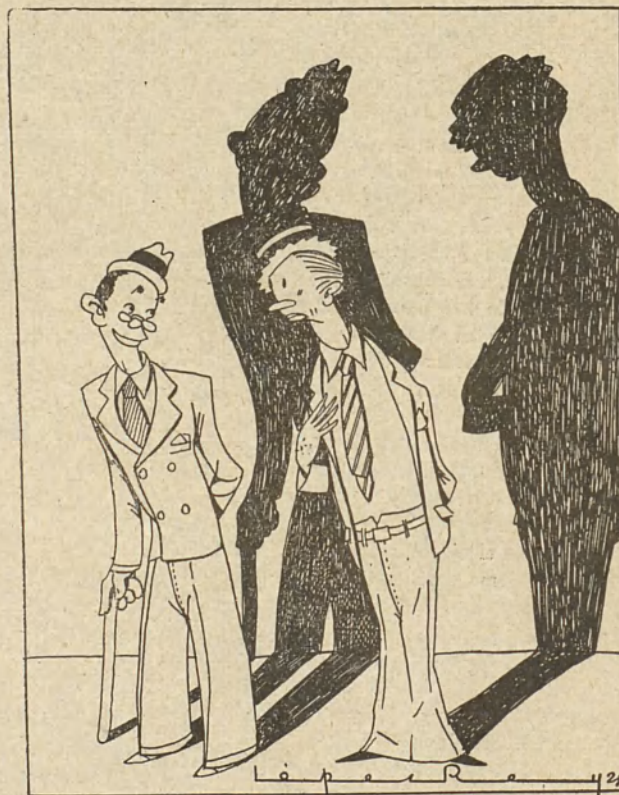
Y en un tremendo arrebato,  
él de revólver tiró.  
disparó ciego, y mató...  
pero no a Balbina. ¡Al gato!...  
¡Lo cual que no me chocó!

X. X. X.



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—¡La barca se hunde de tu lado, Micaela!  
—¿No te dije yo que no embarcaras a "Fifi"?



Dib LÓPEZ REY.—Madrid.

—Yo era actor, pero ahora me han puesto de  
traspunte; y eso que bordaba los papeles. ¡Estoy  
extrañado!

—No te extrañe que si los bordabas te hayan  
puesto entre bastidores.



# Agencia Internacional de Ruedas de Molino

No sé si ustedes se habrán enterado de que existe una Agencia Internacional: dedicada a demostrar que los hombres somos tontos. Es una Agencia que, al parecer, se encarga de dar noticias y de darlas con rapidez; las noticias de primera hora son siempre de la Agencia referida. Telegrafía el suceso; lo telegrafía antes que nadie y adelanta detalles y todo. Luego resulta que los detalles no son ciertos; pero como nos los creímos todo el mundo y eran inaceptables por completo queda desmentido el suceso, pero demostrado el hecho principal: que nos las tragamos como puños.

Por quién está fundada la Agencia lo ignoramos. Tal vez por algún núcleo político, empeñado en averiguar hasta dónde, hasta que extremo llegan las tragaderas de las gentes. Así como ahora, a los motores, se les somete a un funcionamiento "en seco" para saber su resistencia, igual deben los políticos, de querer poner a prueba la resistencia y la elasticidad de ese motor animal que impulsa la "nave del Estado" y que suele ser llamado "opinión pública".

El último experimento notable se ha producido en estos días al telegrafiar la desaparición de Lowenstein, nuestro compañero de fortuna. Esa interpretación del suceso, según la cual, se abre, en un vaivén de la aeronave la portezuela del cuarto de toilette y nuestro afortunado amigo se chapuza en forma inesperada en el océano, es una de las interpretaciones más arrobadoras que se le puede ocurrir nunca a la fantasía humana. Y es más regocijante todavía el espectáculo siguiente: el de la humanidad científica, prudente, escrupulosa, que va a casa de los técnicos para "evacuar" la consulta de si es o no es posible que la tal portezuela se abra así de pronto.

Los técnicos han estudiado el caso al pormenor. ¡Qué ejemplo de cautela y de conciencia científica! ¡Cómo se ve que ahora los modernos pesan y miden las cosas y no se entregan a la fantasía arrebatada de los imaginativos y retóricos de las épocas pretéritas!...

Los técnicos ahora nos han dicho que eso de la portezuela es dudoso, y nos lo han demostrado haciéndonos caer en varias consideraciones de orden técnico: una: que ningún piloto se arriesga a

pilotar un aparato donde las portezuelas puedan abrirse así, tan fácilmente; otra: que las puertas—oh, detalle... ¡quién iba a suponer!...—se cierran, ya por dentro, ya por fuera, con pestillo; y otra, que las portezuelas, con el aire, no pueden ser abiertas fácilmente.

Todos estos detalles boquiabren. Nosotros, hombres ingenuos, no podíamos nunca suponernos que esos pájaros gigantes, donde todo está previsto y llevan aparatos para todo, no llevaran pestillos en las puertas. El espectáculo de un pájaro de esos, agitando, en vaivén, sus portezuelas, como alitas juguetonas, era un espectáculo imprevisto que nosotros no podíamos jamás suponer que sucediera.

Por lo visto, sí: la Agencia Internacional nos quiere poner a prueba y nos dice que las puertas van sueltas, confiadas a la fuerza del viento que las cierre.

La Agencia nos dice que el viento siempre las cierra; se abran para dentro o se abran para fuera, las cierra siempre el viento: lo cual admira y nos acrecienta la estima por el viento, personaje previsor que no sólo nos hace el favor de orearnos las frentes y de levantarles las faldas a las damas, sino que se encarga además de empujar las puertas de los aeroplanos, impidiendo que, en una distracción, puedan los millonarios confundirse y en vez de zambullir la cabeza en la jofai-



[Cuesta  
PARIS 28

Dib. CUESTA.—París.

—¿Pero estás de juerguecita habiendo perdido hace tres días a tu mujer?

—Sí; es que estoy en luto de miel.



na, la zambullan en el piélago... ¡Qué espanto!...

Las últimas noticias del gran Nóbile, el de la conducta nobilísima, vienen también a cambiar su tanti cuanti las ideas vulgares y someras que nosotros poseíamos en materia de aviación. "Se me ocurrió—viene a decir en un comunicado donde expone ante el tribunal de la historia su conducta—que se habrían quedado abiertas las válvulas del aire y le dije a Fulano que fuera a ver". Esto es inefable; tiñe los actos heroicos de una familiaridad enternecedora. Parece que se trata de una escena de casa huéspedes, en donde le dice la patrona a la menegida de turno: "Vete a ver la llave de la cocina; debe de estar cerrada porque hay tufo"...

Vamos viendo que las válvulas de los dirigibles y las portezuelas de los aviones se abren y se cierran con una espontaneidad campechana que da gusto.

Todo lo referido no es, empero, nada comparado con las noticias preciosas que lanzó la misma Agencia, como *ballon d'essai* con motivo del vuelo a Palestina de nuestros aviadores y con motivo del vuelo a Berlín de Levine el financiero. Los primeros lanzaron al paso de un buque inglés un despacho que decía: "Somos el *Jesús del Gran Poder*, vamos para Oriente, etc. etc." Así, como quien manda un continental a la familia: "Adiós; nosotros, buenos; recuerdos en casa"...

Aquello, efectivamente, resultó, como de costumbre, una de tantas camelancias de la Agencia.

Lo de Levine fué más grande. El y sus compañeros se pierden, y, en vista de eso, bajan hasta cerca de un sembrado y preguntan asomándose a la ventanilla del pájaro: "¿Por dónde se va a Berlín?" Y los labriegos contestan, señalando con el dedo: "Por allí... por allí..." Lo cual basta para que los otros sigan "por allí" en efecto...

¿No es grande todo esto? ¿No es grande el espectáculo de esos caballeros norteamericanos que preguntan en clarísimo alemán a los labriegos, y el de esos labriegos que los entienden al pelo, ¡con el ruido que meten los animalitos esos zumbando de lo lindo! y que saben el rumbo de Berlín. ¿No es admirable la orientación de esos pa'ardos que señalan, con el dedo, la dirección de Berlín como si tuvieran una brújula en el dedo, y la destreza de los

otros que sin más filan a Berlín, derechos?...

Nos figuramos a Levine poniendo delante del conductor un dedo en la dirección del dedo del labriego, y el otro guiando el avión por la mirilla del dedo, como quien apunta a un gorrión con la escopeta. Algo parecido a lo de aquel que llevaba las manos paralelas y a la altura del pecho, como si se le hubieran quedado paralizadas a la mitad de un *dóminus vobiscum*, y era que su mujer le había dado la medida de una tela que había de comprarle.

Así, en este momento, y gracias a la Agencia Telegráfica Internacional de Ruedas de Molino, podemos ver al Millonario III de la Tierra queriendo abrir la puerta del avión, sin darse

cuenta, debido a que, como él iba siempre haciendo cálculos para abrir los Cofres Fuertes del mundo, se creyó que la puerta del avión era otro Cofre y no le chocó, por tanto, que se le resistiera—por algo son Fuertes—, y dió un grito de triunfo al ver ceder, al fin, la puerta terca.

Gracias a esa Agencia podemos saber hoy que las ventanas de los aeroplanos son, por lo visto, como las ventanas de la nariz: apenas si podemos, después de grandes esfuerzos, meter por ellas un dedo; pero si apretamos, distraídos y sin cuidado, puede la vida de un hombre irse a chorros por la ventana.

MANUEL ABRIL



Dib. TAULLER.—Madrid.

El visitante.—¿Dice usted que su señor acaba de morir? ¿Y de qué ha sido?

El criado.—Pues verá usted: no lo sé todavía, no se lo he preguntado.



# Un oficio mejor que el de ladrón

## I

—Esa estúpida manía tuya de pasear por las afueras de la población, va a causarte, el día menos pensado, un serio disgusto—me había advertido repetidas veces mi esposa—. Los periódicos dicen que se cometen muchos robos en las calles del extrarradio.

Yo me encogía de hombros. ¡Bah! Temores de mujer, insuficientes para hacerme desistir de mis excursiones nocturnas por lugares a los que no llegaba el bullicio de la ciudad y en los que el calor veraniego atenuaba sus rigores. Además de que, en previsión de cualquier enojoso contratiempo, dormía siempre en uno de mis bolsillos un magnífico revólver...

## II

Y así hasta que una noche...

La luz de la luna me permitió verle caminar en dirección a mí, como nave atada por la tormenta. Su cuerpo, descoyuntado por las excesivas libaciones, recorría el camino dando vaivenes cuyo final era siempre, para fortuna suya, el tronco de un árbol, el pie de una farola o la fachada de una casa.

Cuando mis pasos y sus equilibrios nos aproximaron lo suficiente el uno al otro, pude observarle y oír su voz ronca:

—¡Yo soy un ciudadano benemérito de la patria, sí, señor!

Un traspies le arrojó en mis brazos y entre ellos permaneció algún tiempo.

—¡La vida es un asco!—me chilló al oído.

—¡Muy bien dicho! —apoyé con sonrisa burlona.

—¡La vida es un asco y la Naturaleza una birria! ¿A qué viene, si no, esa manía de fabricar arbolitos para que no le dejen a uno andar? Dígame, ¿por qué hay tantos arbolitos?

Reflexioné un momento y no supe qué contestarle. El Municipio, el ornato de las poblaciones, la salubridad pública... Era preferible asentir.

—Sí claro; muchos arbolitos.

—¡Eso es! ¡Y bien podían sujetarlos!

—Se les habrá olvidado esta noche—aventuré yo en tono de disculpa.

—¡Se les habrá olvidado! ¡Se les

habrá olvidado! ¡No diga usted simpezas! ¡Lo hacen adrede! ¿Cree usted que hay derecho a esos olvidos? ¿Para qué pagamos, entonces, la cédula personal?

—¡Ah, no sé!

—¡Es que ya no hay garantías ciudadanas! Pues ¿y los faroles? ¿Qué

me dice usted de los faroles? ¿Y las casas?...

—También.

—¡Todo en medio, para que tropiece uno!

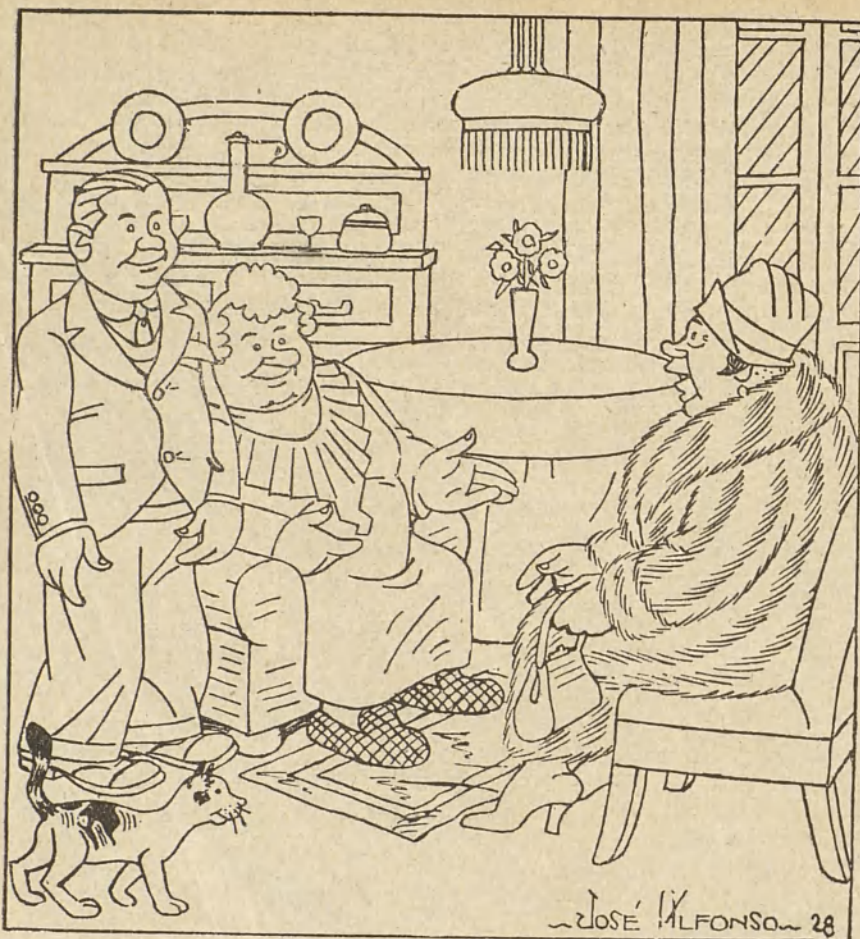
Al pronunciar esta frase se echó sobre mí y caímos los dos al suelo, confundidos. Yo me incorporé antes y



Dib. GALINDO.—Madrid.

El chauffeur.—¡Por algo decía usted al despedirse de su señora que íbamos a dar una vuelta!

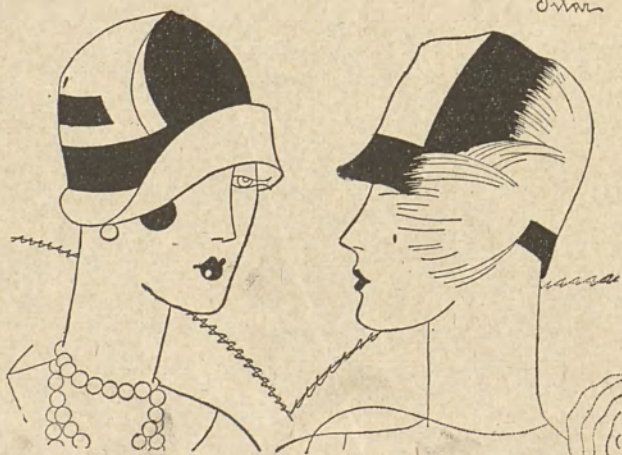




Dib. JOSÉ ALFONSO.—Sevilla.

—Su hijo estaba antes mucho más delgado y vestía elegantísimo, en cambio, ahora lo encuentro mucho más gordo, pero viste peor.

—Es que antes estaba colocado en una tienda de ropas hechas y ahora está en un almacén.



Dib. PILAR.—Madrid.

—¡Qué suerte tienes! Mi marido no me compraría nunca un sombrero de quinientas pesetas.

—Eso es cuestión de astucia. Tú empiezas por pedirle un Rolls, y ya verás qué contento se pone cuando te conformes con un sombrero.

logré, tras de grandes esfuerzos, ponerle en pie.

—¡Imbécil!—me gritó—. ¡También usted está pagado por las autoridades para entorpecerme el camino!

Pero he aquí que, repentinamente, el desconocido cambió de actitud. Dijo con voz apagada: "¡La policía!", y añadió:

—¡Tome! Usted puede salvarme, señor...

Me entregó un puñado de objetos que yo, instintivamente, recogí, y, sin engaño ya, con paso rápido y seguro, huyó.

—¿Ha visto usted por aquí a un hombre vestido de negro, con gorra, que se finge borracho?

—No he visto a nadie.

Los dos policías me saludaron y se fueron.

## III

—Tenías razón, mujercita mía—dije alegremente a mi esposa—. Hay ladrones por las afueras de la población. Yo he visto a uno.

Referí la aventura. Luego, con ademán heroico, arrojé sobre la mesa los objetos que el fingido borracho me entregó.

—¡Oh! ¡Un reloj de oro, un portamonedas, dos carteras!...

Pasado el primer momento, sonreímos ambos. ¡Qué graciosa aventura!

—¡Las carteras son de piel de Rusia!—comentó mi esposa.

—¡Y el reloj es de oro!—comenté yo.

—Menos mal que has tenido suerte.

—Menos mal, sí.

## IV

De vez en cuando mi mujer se aproxima a mí para decirme en voz baja y cariñoso tono:

—Hace mucho tiempo, querido, que no das una vueltecita por las afueras. ¿Por qué no vas esta noche?

Y al despedirme:

—Oye, a ver si da la casualidad de que tu amigo el borracho te regala una moneda de oro que necesito para hacerme un dije.

Yo sonrío, cojo el bastón, me pongo el sombrero y me lanzo a la calle lleno de un dulce optimismo.

JOSÉ SANTUGINI





Dib. GARRIDO.—Madrid.



# LOS MUSLERO S

—Pero ¿adónde vas, Felipe, con el calzón remangado?

A ver si te da la gripe por ir tan desabrigado. Habla. Que me digas quiero cómo es que de pantalones vas tan cortito y ligero.

Vamos, dame tus razones.

—¡Tonto! ¡Porque soy *muslero*!

—¿*Muslero* tú, un perro viejo que ya en los cincuenta frisa y por lo raro y la añejo debe morir de risa cuando se mire al espejo?

—Esta moda que aquí ves, de ir con la pierna desnuda como un soldado escocés o la estrella pistonuda de un cuadro de varietés, es una moda importada de París. Y de este modo, claro que lo enseñas todo

y no disimulas nada, pero te libras del lodo.

—Pues no esperes que me embarque yo en esa costumbre absurda de que todo se me marque...

¡Eso es *pa Tina de Jarque*, pero jamás *pa* este curda!

—Me sacas de mis casillas, Calixto, por lo panoli.

—Pero ¿es que mis pantorrillas crees que son dos maravillas como las de la *miss Dolly*? Si la derecha u la izquierda enseño, dirán...

—¿El qué?

—Algo *pa* que yo me pierda. Verbo en gracia: "A ese *gaché* en las piernas se le ve que descende de *La Cerda*."

—¿Y eso te pone mohino? La Cerda es título fino y del más rancio abolengo...

—Será... pero *pa* mí tengo que eso es llamarme cochino.

—Pues pon que tienes razón, pon que es un insulto y pon que tú sufrirlo no quieres... Haz lo que hacen las mujeres cuando salen sin *mallón*.

Te compras una *guillete* (que por tres reales dan siete), te lavas, que eso es muy sano, y a rasurarte el *filete*—que se hace en un periquete—hasta dejarlo tan llano y liso como el mollete de la palma de la mano.

Y luego, si tienes ganas, conviertes en dos lombrices tus cejas *vegetarianas* y te arrancas las raíces de esas selvas africanas que llevas en las ventanas, Calixto, de las narices.

—Basta; no quiero escuchar tanto contradiós seguido. Puedes marcharte a afeitarte. ¡Yo, Felipe, no he nacido paar bola de billar!

Déjame con mis calzones de vieja y sufrida pana, con mis recios zapatonos y con mi mano artesana cuajada de sabañones.

Deja mis cejas en paz, y mis narices también, y los pelos de mi faz, y las canas de mi sien, que el dárselas de rapaz es, más que adorno, disfraz de cualquier *Matusalem*.

—¿Entonces tú, en los *Maxines*, no bailas los *charlestons*, ni pones besos *pillines* en *colodrillos garzones*?

—Desconozco esos latines. A mí, la sal, en terrones. Y el amor, sin malos fines, cara a cara y por riñones. Doy con gusto cien *dancines* por un baile en *Provisiones*.

—Te caes de vetusto a cachos...

—Cada tiempo trae lo suyo... Vuestro amor... es más *chanchullo*. El nuestro... era más de *machos*.

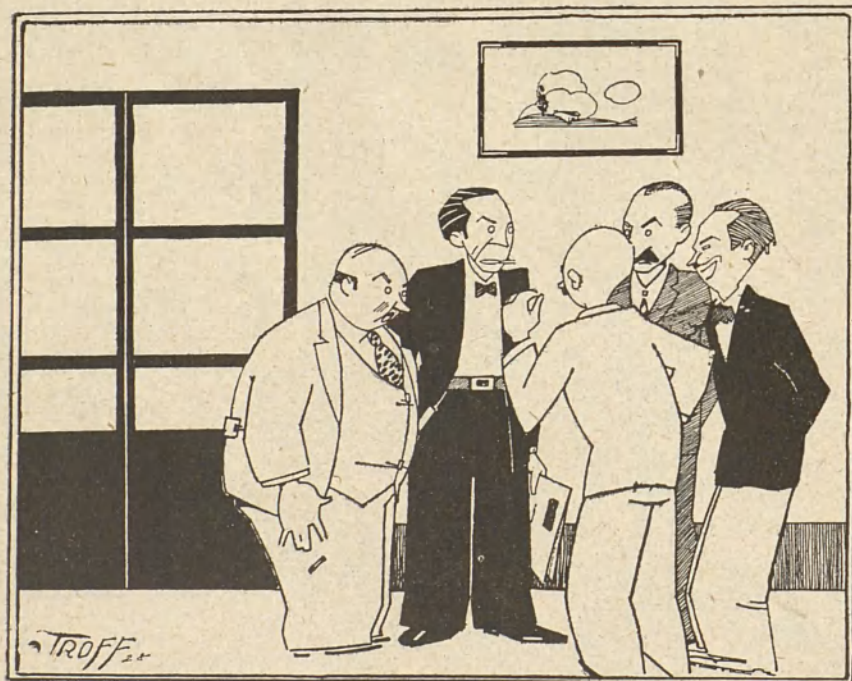
—Harás que de ti se rían...

—¿Quién, esos niños kanguros?... ¡Los miro serio y ni pían!

—¡Anda y que un *Renol* te frían!

—¡Anda y que te den dos duros!...

JAVIER DE BURGOS

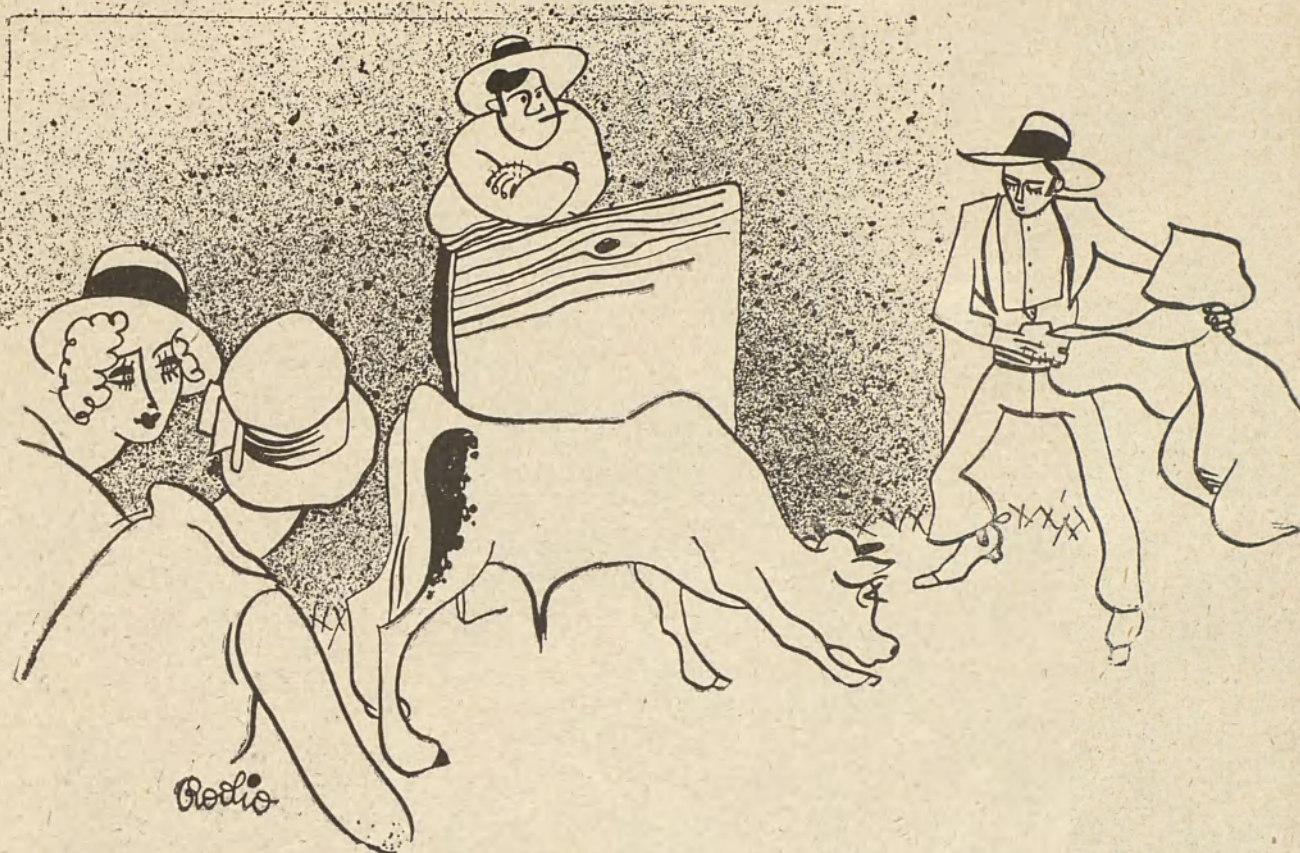


Dib. TROFF.—Madrid.

—Yo, en Africa, vi hacer de un colmillo de elefante una esfera de marfil de dos centímetros de diámetro.

—¡Eso es una bola!





—Fuimos a un bar, pedimos tres tercios y se armó una bronca enorme. Fíjate: estaba empeñado en que los tres tercios no eran iguales.

Dib. Rodio.—Zaragoza.

## ¡Buenos propósitos!

—Mis propósitos, Patro encantadora— le decía a su novia un majadero—, prueba son de lo mucho que te quiero, y te los voy a contar ahora.

Me propongo, amor mío, administrarte pastillas de clorato de potasa, para ver si la gripe se te pasa y se va con la música a otra parte.

He de ser pulcro y limpio sin excusa, para ver si una vez así me dejas de poner coloradas las orejas por llevarlas con polvo y con pelusa.

Como sufre tu madre (que es un guardia de la porra y me para como a un coche), me propongo dormirle por la noche recitándole versos de vanguardia.

Me propongo comprarte una pulsera hecha de oro de ley de seis quintales y que tenga un re'oj de los cabales (con su tapa, su máquina y su esfera).

Me propongo aprender francés y chino, alemán y escocés, querida Patro, por si así, con tres lenguas o con cuatro, venzo a la de tu madre y la domino.

Noche y día he de estar (¿quién me lo veda?) tocando el saxofón, si así te place; mas prometo, si no te satisface, guardarme el instrumento en donde pueda.

Me propongo gastar algunos duros en jugar a la infame Lotería, con objeto de ver si llega un día en que no me hables más de tus apuros.

Me propongo llevarte a las verbenas y comprarte botijos y rosquillas, y abarcar con mis manos tus costillas en un baile aromado de azúcnas.

Propóngome hacer todo lo posible por ser del somatén, mujer divina, con el fin de que, al ver mi carabina, despidas a la tuya, que es horrible.

Y como te amo a ti más que a mi padre y de ello quiero dar prueba palmaria, propóngome estudiar Veterinaria para asistir a tu señora madre.

En mí no hay mala fe, ni te hablo en guasa; pues juro con la mano en un bufuelo que estos firmes propósitos, mi cielo, ¡son más sanos que el aire de tu casa!

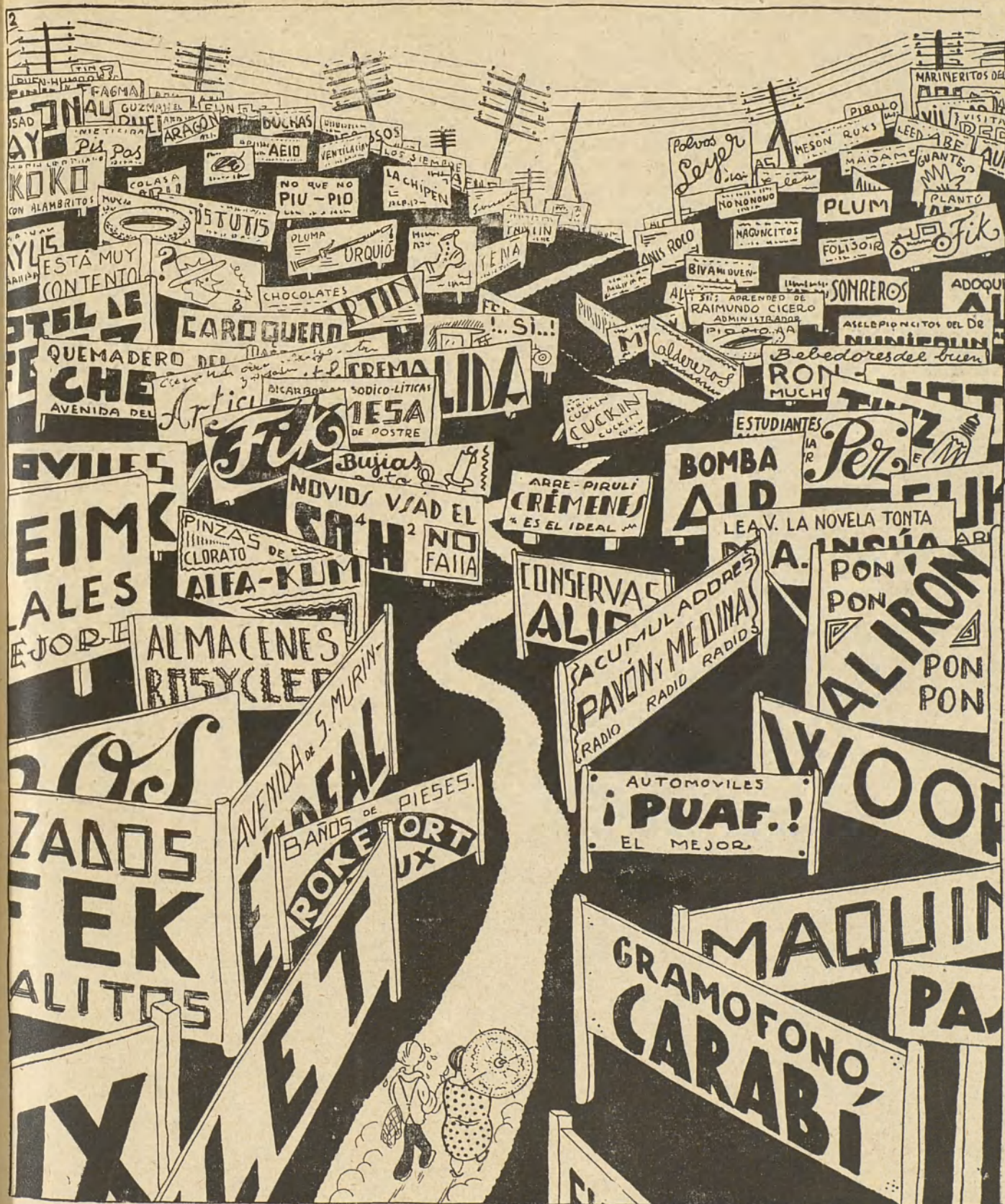
JUAN PEREZ ZUÑIGA





COMO SE IMAGINABAN EL CAMPO DON POLIDORO Y SENORA,





PRO Y SEÑORA, Y... COMO ESTÁ EL CAMPO EN REALIDAD.



# LA ÚLTIMA ENFERMEDAD

Es un dicho corriente y generalmente cierto, que la muerte nos la produce nuestra última enfermedad. Esto sólo falla cuando, bueno y sano, la fatalidad le pone al hombre en el trance de cometer un delito y por este delito creen que merece la tan odiada, injusta y probadamente no ejemplar pena de muerte.

Pero si la crueldad de los hombres, o de las leyes, mejor dicho, llega a los linderos de la fiera, que se satisface con la muerte, aun hay casos en los cuales la inhumanidad se extrema de tal manera que se establece un pugilato entre Dios y los hombres, para disputarse su presa.

He aquí el lamentable caso:

Rufo López, más conocido por "el Manguero", porque cuando hablaba regaba el rostro de su interlocutor, tuvo la desgracia, el pobre, de meterle un palmo de navaja a un conocido suyo, en un sitio donde le interesó un órgano importante y no dijo el apuñalado ni "¡Jesús!".

Por este hecho dió "el Manguero" con sus huesos en la cárcel; se celebró un juicio y hasta recayó sentencia, que no era por cierto la más benigna, y se dispusieron a cumplirla.

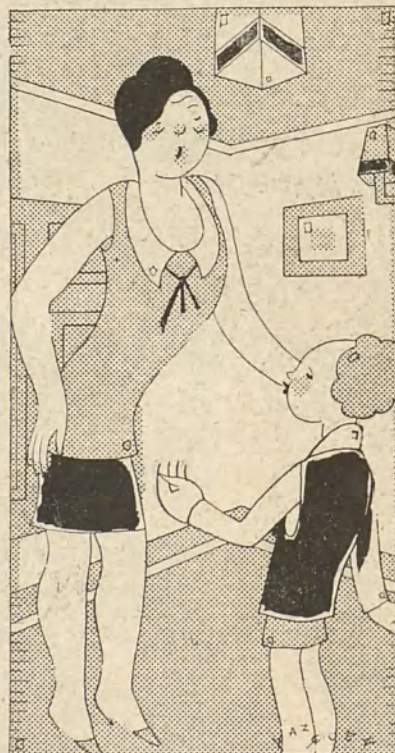
Y en estas circunstancias, el condenado cae malo. No se sabe si por la impresión que le causara la sentencia o por que cuando le dijeron los carceleros que podía pedir lo que quisiera, se comió cochinillo y medio, se bebió un azumbre de vino y tomó de postre tres helados, que, según confesión propia, no había catado nunca, y aprovechó esta ocasión; el caso es que le dió una fiebre altísima y hubo que llamar al médico de la cárcel. Acudió, rápido, el galeno, reconoció minuciosamente al enfermo y diagnosticó la dolencia de unas fiebres infecciosas de extraordinaria virulencia. Un caso, si no desesperado, de gran compromiso. Claro que para estas ocasiones es la ciencia y sus medios.

Se marcó un plan curativo severo y minucioso. Un enfermero se encargó del cuidado del paciente. Había que vigilar la temperatura y el corazón. El médico, que era hombre de gran conciencia, le visitaba muy ame-

nudo y le atendía con minuciosidad. Nunca la medicina riñó más dura batalla con la Parca, ni laboró con más interés.

Quinina, baños, inyecciones, tónicos cardíacos, en momentos críticos, todo para arrebatar su presa a la muerte. El deber profesional y los más puros sentimientos humanitarios lo demandaban así.

La columna termométrica subía hasta amenazar con romper su prisión de cristal, friendo al enfermo, y la hidroterapia, una y otra y otra vez la hacía descender.



Dib. Vázquez.—Madrid.

—Mamá, ¿por qué me llamas el hijo pródigo?

—Porque siempre estás fuera de casa.

—Entonces, papá será mi hermanito.

Hubo ocasiones en las que pareció que a Rufo se lo llevaba Dios; pero velaba galeno y venció en la porfía.

Respondió la quinina, decreció la fiebre y el doliente empezó a mejorar. Aun las pequeñas fiebrejillas se mostraban rebacias a desaparecer. La extrema debilidad del enfermo y la dificultad de alimentarle, por temor a que creciera la infección, que aun se batía en sus últimos redutos, volvían a tener al penado en crítica situación. Los desinfectantes intestinales triunfaron, por fin, en su cometido, y una mañana el termómetro marcó su temperatura normal.

—¡Rufo, me debes la vida!—le dijo con orgullo profesional aquel día el galeno.

—Gracias, doctor—contestó Rufo, entre agradecido y escamado.

Pero en estas enfermedades la convalecencia es tan peligrosa como la propia enfermedad. El médico recomendó gran tino y cuidado en la alimentación. Una imprudencia podía hacerle retroceder y las recaídas en estas cosas son muy graves.

Primero, sólo se alimentaba al enfermo con caldo de cereales; luego, con sustancias de carnes, pero desgrasadas; más tarde comenzaron con los pescados blancos; después, terneras, aves, mermeladas.

Poco a poco se consiguió ir confortándole. La labor era ardua. Pudo abandonar el lecho, le cortaron el pelo para evitar se le cayera. (Desfigura mucho la caída del cabello). A la semana ya dió una vuelta por la galería. Una tarde ya llegó hasta su celda. Una mañana le dejaron en ella. Llegó hasta a volver a sus carnes. Volvió a tener buen color. Tal apetito tenía que le indicaron la conveniencia de no atracarse. El médico le dió de alta. Ya hizo su vida normal.

Fracasadas las gestiones de indulto, a los cuatro días le dieron garrote al pobre Rufo.

Se le pudo arrancar al tifus, pero se lo llevó el patíbulo.

ANTONIO PLAÑOL



# UNA NUEVA ESTRELLA

La exaltación adueñóse del tranquilo espíritu de Nicanor al percatarse de su buena estrella, al determinar en el tachonado firmamento una estrellita flamante, fulgurosa y reluciente, como recién lanzada a la circulación planetaria.

Y separándose de la mirilla del telescopio, exteriorizó su júbilo, lanzando al espacio tres gritos estridentes, que desde la torreta del observatorio repercutieron en el silencio de la noche primaveral, como una llamada apocalíptica.

Respondiendo a estos alaridos de triunfo, un perro ladró en la lejanía, y el sereno de la calle, adormilado en el quicio de una puerta, sobresaltóse murmurando:

—Ya tenemos un atracu...

La alegría del astrónomico Nicanor era justificada. Después de varios días de minuciosa comprobación, acababa de determinar la existencia de una nueva estrella.

Aquello era la gloria, la posteridad, su nombre y retrato reproducido en toda la prensa del mundo y la seguridad de una vejez tranquila, sin sobresaltos económicos, aureolada por la fama.

Y el doctor Nicanor se abandonó por un momento a dulces añoranzas. La vida tiene ironías capaces de alterar a un humorista herpético. Una estrella de varietés, ramplona y vulgar. "La Esmeraldita", le abandonó después de gastarle unos miles de pesetas, ahorradas a fuerza de grandes privaciones, destrozándole su existencia romántica y dejándole lleno de vulgar pesimismo, y otra estrella le hacía gala de devolverle un humor desconocido, brindándole la fama y una existencia grata para el porvenir.

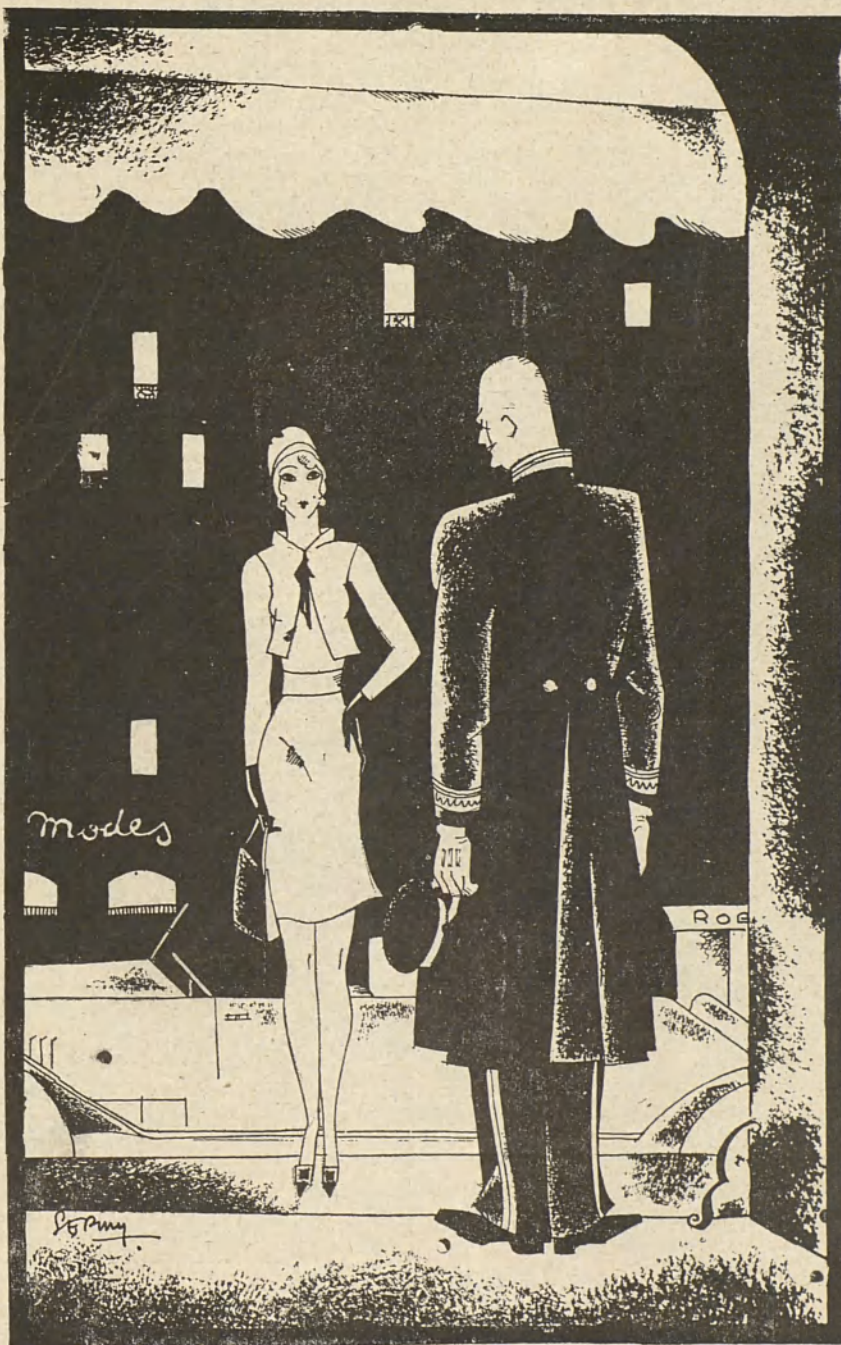
Repuesto de su emoción, recogió sus papeles y sus notas y se lanzó a la calle para hacer partícipes de su alegría a los contertulios del Círculo.

Eran las tres de la mañana, y sólo encontró a Romualdo Díaz, un futuro sabio, según el decir de sus familiares.

Este Romualdo era un tipo que explotaba con cierta habilidad el truco de su talento. Sus buenas notas de colegial empezaron a crearle entre las personas de su familia primero, y entre sus amistades después, cierta aureola de hombre listo.

Terminada con un buen expediente su carrera, hijo de familia acomodada, creyó oportuno darse una vuelta por el extranjero, de donde vino

con aires doctorales, hablando de experimentaciones de grandes descubrimientos e iniciativas a desarrollar, que lo harían célebre. Esto acabó de



Dib. SERNY.—Madrid.

—¡Hace una hora que estoy llamando!

—¿Una hora? ¡Cómo pasa el tiempo!



consolidar su fama mientras llegaba el momento de su apoteosis científica.

Además, apellidándose Díaz, era justificada su orgullosa prestancia. Porque ninguna palabra se repetía con tanta facilidad en todas las capas sociales:

—Buenos “Díaz”... “Díaz” llegarán... Aquel “Díaz”, etc., etc.

Don Nicanor, al verlo, acercóse a él y le murmuró con voz velada:

—¡Qué feliz soy, Romualdo!... Desde hoy me pertenece exclusivamente una estrella.

—Pero, don Nicanor, todavía a su edad trapicheando por los escenarios... ¡Que sea enhorabuena!

—¡Yo...! No comprende, Romualdo. Ya sabe que soy un romántico. Después de mi fracaso con “La Esmeraldita” mi alma y mi espíritu se elevaron a las regiones del ideal, dejando todo contacto con las ruindades terrenas. Para conseguirlo, para gozar plenamente, exclusivamente una vida espiritual, me hice agrónomo. Mi existencia es una plena adoración del estrellado cielo, único escenario de mis emociones.

Así mi vida transcurría tranquila, meditativa, contemplativa y feliz cuando en la noche, rodeado de sombras, en mi observatorio, suspiro al contacto de los besos de la luna, sintiendo las emociones pasionales más exquisitas al rutilante parpadear de las estrellas.

Todas me son conocidas y estoy familiarizado con todo el sistema planetario. Y figúrese mi sorpresa al descubrir entre la multitud que fulgura en el firmamento una nueva estrella, caprichosa y coqueta como una bella mujercita que se lanza a la admiración de los públicos, segura de su belleza.

Soy feliz, querido Romualdo; este descubrimiento será mi apoteosis científica que me dará honra y dinero.

Romualdo sintió la picadura de la envidia en pleno corazón.

—¿Está usted seguro de no haberse equivocado, de no confundirse, de no ser objeto de alguna broma de los elementos planetarios?...

—Segurísimo, Romualdo. Aquí están mis datos, mis comprobaciones científicas...

Y los dos hombres se enfrascaron en la lectura y estudio de los apuntes del astrónomo Nicanor.

A las cinco de la mañana se despidieron.

—Ni una palabra a nadie. Yo prepararé una información sensacional para la Prensa. Así la expectación de su descubrimiento será más apocalíptica.

Y don Nicanor se metió en la cama pensando que a la salida de los rotativos su nombre sería popular. Durmieron bien. Levantóse a la hora de comer y en la mesa tuvo palabras irónicas para la patrona. ¡Ya verían quién era él!

Estuvo encerrado en su cuarto hasta las siete de la tarde. Vistióse con esmero y se lanzó a la calle.

En el tranvía, una jamona lo miró con insistencia. El buen Nicanor pensó: “Es la popularidad, que ya empieza a rendirme pleitesía.”

En la Puerta del Sol voceaban el “Heraldo”. Compró el periódico y lo desdobló, buscando la sensacional noticia.

Un escalofrío le recorrió la médula y la cabeza comenzó a darle más vueltas que un trompo loco. ¡Dios mío! ¡Qué veía!... Unas grandes rotulares:



Dib. ARANA.—Madrid

—Tu marido y tú siempre estáis regañando. Jamás os encuentro de acuerdo.

—Al contrario; él quiere mandar en casa y yo también.

“Descubrimiento cloroformizante de una nueva estrella por el gran científico Díaz.”

La inconsciencia se posesiona de Nicanor. Mira a todas partes como idioteado, ríe, pateo y lanza alaridos de indio cogido al lazo. La gente se para, le hace corro y le jalea. De pronto, una congoja grande le invade.

—¡Mamá!... ¡Mamá!... — y llora desconsoladamente.

Algunos del público se alejan enjugándose las lágrimas.

De pronto reacciona y abriéndose paso a codazos sale con dirección premeditada.

Era necesario matar... Matar con premeditación y alevosía a aquel granuja.

Llega a la terraza del círculo. Allí está Romualdo Díaz, el estafador científico, rodeado de aduladores que le felicitaban por su descubrimiento.

Sin encomendarse a Dios, sin tomar las elementales precauciones que en tales casos se requiere, como hacerle firmar una carta al juez de guardia para que no se culpe a nadie de su muerte, Nicanor apostrofa en “términos familiares” mientras le golpeaba con furia en gratuito match de boxeo.

Una pareja de guardias que surgieron en el lugar del drama, caso digno de anotación, frustraron el homicidio.

Don Nicanor, en plena fiebre vengativa, clama iracundo:

—¡Guardias, por favor, déjenme matarlo!... Me ha robado una estrella.

Uno de los del casco lo empujó con cierta delicadeza, mientras filosóficamente le espetaba:

—No es “pa” tanto, hombre. Calme esos nervios, que en la “Comi” le registraremos bien; y si le robó la estrella que dice, allí se la devolverán...

ANTONIO VALERO DE BERNABE

**OROCREMA**

FAMOSO JABÓN DE ALMENDRAS

**ÚSELO Vd!**

Es el mejor tratado de belleza de la piel

Es una producción de

**LOS PERFUMES DE TASARA**



BADALONA

BRILLANTINA **EMILMAT**  
LO MEJOR CONTRA LAS CANAS





Dib. Toño.—Madrid.

—Es el pintor más avanzado; siempre va con un año de adelanto.  
—¿Si? Pues a mí me debe seis meses de alquiler.



# El veraneo como fuente de experiencia

Tengo la absoluta seguridad de que, entre mis numerosos y rollizos lectores, habrá veraneantes y no veraneantes. A unos y a otros los admiro, porque lo merecen y porque me da la gana. El no veraneante es admirable porque aguanta el calor de Madrid con un estoicismo sublime, y el veraneante es más admirable todavía porque soporta el calor de San Sebastián, o de Santander, o de donde sea, con más estoicismo y con más sublimidad aún que el otro. Claro es que el veraneante tiene la ventaja de sudar dándose pisto, mientras que el no veraneante suda sin darse nada; pero salvo esta pequeña diferencia, ambos son igualmente mártires y casi vírgenes, en esta época intolerable en que los termómetros se desbocan y las patatas se fríen solas y sin esperar a ser mondadas.

Sin embargo, no sé qué encanto tiene el veraneo que los que no han veraneado nunca se ponen de un humor imposible al ver que veranean los demás. El odio del madrileño que no sale al madrileño que se va, es más africano que el calor que hace salir al madrileño que sale para que rabie el que se queda. Cada tren que parte echando humo hace echar chispas a los que no pueden partir, y, durante los meses de julio y agosto, no se ven más que caras torvas, bocas fruncidas, pelos de punta y cejas foscas entre los individuos que tienen que conformarse con la verbena de San Cayetano y las estocadas de Charlot y Llapisera, mientras los elegidos disfrutan de baños de o'a, aires de óle, trajes de hilo, gorras de hule y sombreros de ala (ancha) en las paradisíacas playas de moda.

Ahora bien: yo, que soy un poco filósofo, no he sentido nunca el deseo de salir de veraneo; y, además, no sé veranear, porque no me han enseñado; y, en la imposibilidad de aprenderlo a mis años, me conformaba con las emociones caniculares de Madrid, y era feliz en mi balcón, acompañado de un botijo, un árbol vecino, otro vecino que también es árbol porque es alcornoque, y el "A B C" de los domingos (que tiene algunas hojas más que el árbol, sin contar la buena sombra de los artículos profundos y frescos de Eugenio

d'Ors). Pero, ¡ah, señores!, este año surgió el conflicto terrible: BUEN HUMOR no quiere tener colaboradores que no veraneen, porque esto quita importancia al periódico y debilita la solidez de sus columnas. Y BUEN HUMOR me conminó con la siguiente trágica alternativa: o salía de veraneo o salía del periódico; o, para decirlo mejor, o me iba a pasar un mes al mar o me iba a pesar la mar; o, para decirlo mejor todavía, u ola o ¡hala!... Re-



Dib. URDA.—Barcelona.

—Esto es un termómetro.

—¡Ridiez! ¡Paice mentira que una cosa tan pequeña haga cambiar la temperatura!

sumen: que me quedé frío como si ya estuviese veraneando en el lugar más desapacible de España, y que no tuve más remedio que prometer solemnemente que me iba de veraneo en seguida. Claro es que yo suponía con fundamento que el director de este mundia! semanario me adelantaría el dinero para la juerga, y, en efecto, no me equivoqué... No me equivoqué más que en la cantidad. Yo esperaba ochocientas pesetas cero céntimos, y el director me dió cero pesetas ochenta céntimos, que es lo que restaba de mi cuenta, según balance de la Administración. Sin embargo, como ya había jurado por mi pétrea salud que me marcharía fuera, fuera como fuera, arbitré los recursos necesarios empeñando mis dos gabanes, mi gabardina gris, mi sortija de sello, seis tomos de la Enciclopedia Espasa, una guitarra y un calzador de plata relativamente contrastada y aproximadamente Meneses. Por todo ello me dieron una cantidad que me avergüenza estampar aquí; pero como uno es de la madera de los héroes, quiere decirse que me hice la maleta, aunque debí hacerme un lío, y empecé a pensar qué playa me sería más conveniente para lucir mi elegancia sobre sus arenas.

Un amigo me aconsejó que fuese a La Coruña, donde todos los veranos hay una colonia tan enorme que la hora del baño es una bacanal. Pero como a mí no me gusta bañarme con mucha colonia, porque soy enemigo de perfumarme la epidermis, renuncié *ipso facto* a las inmersiones en el mar coruñés y pedí consejo a otro compañero.

Este otro me recomendó Zarauz; pero no me gustan las poblaciones con tantas zedas, y no le dejé explicarme los placeres que en tal sitio me esperaban (si hubiera ido).

Hubo un ingenuo que me juró por su madre que la playa portuguesa de Figueira era el caos de lo definitivo, pero como un servidor no sabe portugués, y como en Figueira no hay *maneira* de hacerse entender en el castellano tempestuoso que yo uso, quedé también descartado el apacible edén lusitano.

Al fin creí encontrar el lugar más



indicado para mi situación económica y para mis preferencias estéticas.

Decidí salir para Gijón.

Y lo decidí por las siguientes razones:

En Gijón no veranea "El Caballero Audaz".

En Gijón se toca muy poca música del maestro Guerrero.

En Gijón no sopla el viento del Guadarrama.

Yendo a Gijón, se visitan dos puertos: el de Gijón y el puerto de Pajares, por el mismo dinero que hay que pagar en otras líneas para visitar un puerto solo.

Y, finalmente, en Gijón me esperaba un deleite con el que yo he soñado largos años: comer sardinas en abundancia, que me habían dicho que allí son más ricas que el difunto Lowenstein.

Y esto de las sardinas fué lo que me decidió más enérgicamente.

Saqué, pues, mi billete, besé con efusión a los míos, y a una chica mecánografa que no es mía pero para el caso como si lo fuera, y tomé el tren con la misma facilidad que si fuese un vermouth.

Unas horas después (desde luego más que las marcadas en la Guía) llegamos a Gijón el tren y yo; yo, hecho cisco; el tren ya estaba hecho cisco antes de salir de Madrid, según clásica costumbre de la Compañía con los trenes que no son de categórico y fulminante lujo.

Me encaminé al hotel y, en cuanto llegó la hora de comer, pedí sardinas, que es lo que se trataba de demostrar.

Me sirvieron un plato con cuatro o cinco (más cuatro que cinco, porque conté cinco cabezas y tres colas, y ya me hice un poco de lío).

Las gusté.

Pero ellas a mí no me gustaron.

Y llamé al mozo.

—¡Mozo!—le dije—. ¡Soy presa de una desilusión formidab'e!... ¡He venido a Gijón con el anhelo salvaje de paladear sardinas frescas, y el único que estoy fresco soy yo!

—¡Señorito!—me respondió el astúrico *garçon*—. ¡Perdone que le lleve la contraria, pero está usted comiendo la mejor sardina que hay en España! ¡Han llegado de Madrid hace dos horas y allí compramos siempre lo más selecto!...

—¡Pero cómo! ¿Que ustedes compran las sardinas en Madrid?

—¡Ah, claro! ¡Como todo el mundo!

—¡Pero y las sardinas de aquí, las de Gijón?

—¡En Madrid están todas! ¡Las pescaderías de aquí hacen sus pedidos a Madrid!

—¡Ah, sí?

—Sí, señor. Cuesta más barato y el pescado está mejor. Eso lo sabe todo el mundo.

—¡Pues mire usted, yo no lo sabía, porque si lo sé, no vengo!

—¡Eso dicen todos! —concluyó el camarero secándose los ojos con la

rodilla para enjugar unas lágrimas furtivas y rebeldes.

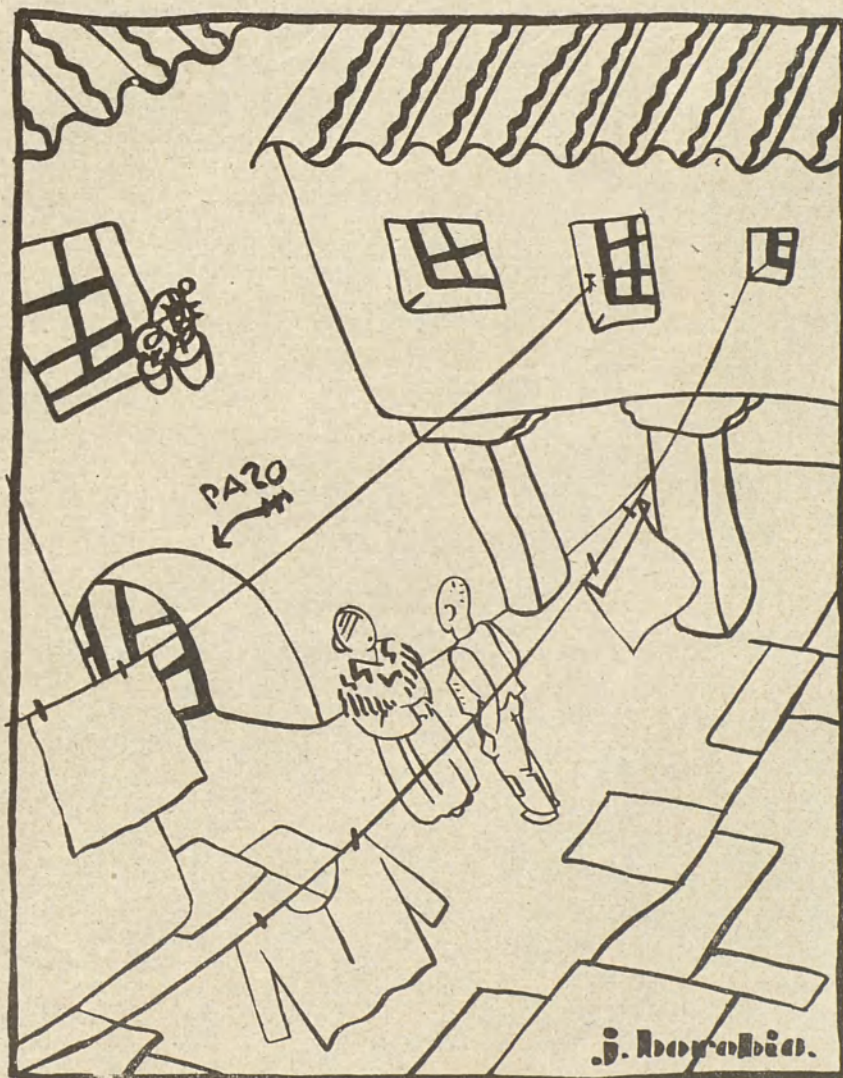
\*\*\*

Y, claro, como lo que yo deseaba era comer sardinas recién sacadas del mar, volví a tomar el tren, arrojando las iras del director de BUEN HUMOR, con destino a la corte.

Y aquí me tienen ustedes otra vez, para lo que quieran mandar.

Así no estarán ustedes tristes por mi ausencia, que es una cosa que de verdad me tenía preocupadillo.

ERNESTO POLO



Dib. BOROBIO.—Madrid.

—Pues a Leocadio, el que robó el reló, le han echao cadena.

—Será pa que se lo cuelgue.



## TIPOS CONOCIDOS

## Los amores de Maruja, o ¡Vaya un tío pelmazo!, o ¡Este sí que es un hombre!

## Y me parece que ya es bastante título

(Escena de un sainete madrileño que, por suerte para su autor, no se ha estrenado aún, pero que se teme llegue a estrenarse, como otros muchos parecidos.)

La acción se desarrolla en una plaza de los barrios bajos. A la derecha, una taberna; a la izquierda, un centro de pianos y en el centro, la concha del apuntador. Es noche de verbena, ¿cómo no?

Personajes: "Retahila" y "Don Casi".

Ahí la tié usted, tan bonita, tan gallarda, tan esbelta, tan lucida, tan garbosa, tan alegre y pinturera, tan bien andá, tan simpática, tan...

—Etcétera y etcétera, que tú, Retahila, en hablando de Maruja, no lo dejas. ¡Qué retahila! No hay un mote más justo que el que tú ostentas.

—Soy el chulo apasionado de un sainete de esta tierra, y los chulos madrileños que salen en las comedias cuando son en verso, tienen que hablar tóos de esta manera porque así lo han decretado los que escriben pa la escena; y si adjetivos o verbos emiten hablando de ella, nunca sueltan uno solo, sino por series completas. No le extrañe, pues, don Casi, mi rimada verborrea, y déjeme que prosiga hablándole de esa hembra que es la que me tiene loco, la que me aflige y me alegra, la que me tié sin sentío, la que me tié sin cabeza, la mujer que es mi tortura, mi suplicio, mi condena, la que me quita a mí el sueño, la que comer no me deja. ¿Y sabe usted por qué sufro de insomnio e inapetencia? Porque no puedo decirle lo que en mi pecho se encierra, lo que aquí dentro se pudre, lo que aquí guardo en conserva.

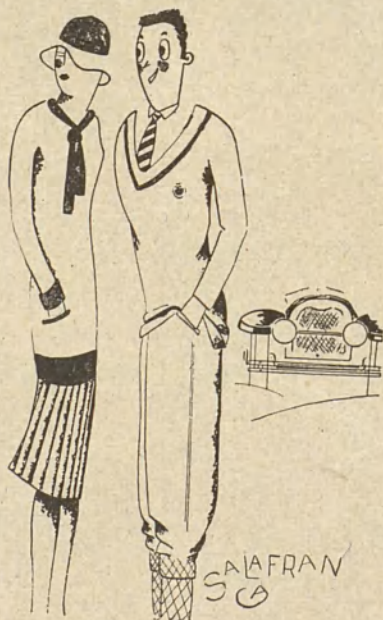
—Lo de "en conserva" lo creo.

por las "latas" que me arrean.

—Usted no sabe, don Casi, lo que es camelar de veras, con sudores, con fatigas, con calambres, con disnea, con tos ferina, con tifus, con sarampión y viruelas, a una gachí tan bonita, tan preciosa, tan honesta, tan formal, tan de su casa, tan simpática, tan buena, tan lista y habilidosa, tan... y tan...

—¡Las dos y media! Eres un reló de torre dando campanas.

—La fuerza del querer que me trastorna, desquicia, absorbe, enajena, desmorona, cretiniza, enloquece y "aliena". Y yo estoy por la Maruja que hago ya números, letras, croché, encaje de bolillos y bordao de cadeneta. Pero ella a mí no me quiere. Ni es posible que me quiera.



Dib. SALAFRANCA.—Madrid.

—Eres mi primer amor.

—¿Y Pilar?

—Bueno, ese fué el último.

—¿Por qué causa?

—Pues por una sencillísima.

—A ver, venga.

—Porque ella de todo esto ni se ha enterao, ni se entera.

—¿Pero tú no se lo has dicho?

—¿Yo decirselo? ¡Usted sueña!

Hay cosas que no se deben decir nunca, y una es ésta.

—¡Ah! ¿De modo que el cariño no se dice?

—Se sospecha.

¿Ha visto algún galán joven de sainete o de zarzuela que no sea corto?

—Ninguno.

—La pregunta, entonces, huelga. Si usted quisiera decirle...

—¿Que yo...? ¡Estás loco, chavea!

—Usted, sin duda, se olvida de que en todas las comedias los amigos obedecen y el protagonista ordena.

—Verdád. Se lo diré entonces, en cuanto que en mi presencia mis faros, focos, bujías, lámparas o candilejas, la divisen, la vislumbren, la perciban o la vean.

—¿También usted, señor Casi?

—Fué por contagio. Dispensa.

A poco viene la moza, arrogante y desenvuelta, y hay una escena de amores y un dúo. El público tiembla; pero no, no se repite, gracias a la Providencia. Surge el traidor, que es un socio que los cementerios llena, jurando que ha de ser suya. Retahila, entonces, le pega, y Maruja: "¡Este es un hombre!", dice de entusiasmo llena. Después dicen que se casan, y se acaba la comedia.

Con este asunto habréis visto los sainetes por docenas. ¿Verdad que sí? Lo sabía. Pero es lo que el autor piensa: Un sainete más lo mismo, ¿qué importa a la concurrencia?

ADOLFO SANCHEZ CARRERE





## Los grandes inmuebles *Por Georges Doelly*

Gaspard de Nuits vivía en uno de esos vastos inmuebles, cerca del Bosque de Bolonia, que contienen un gran número de pisos soberbios.

El portero, espléndidamente galoneado, metido en su cabina, parecía un ayudante de servicio que vigilaba la salida de los "azules", aquellos soldados de la Vendée; y los inquilinos tenían la impresión, al pasar delante de él, de que podía volverlos atrás si su gabán no estaba abotonado a la derecha.

Un día que en el hotel de Armonville Gaspard bailaba un tango, vió delante de él a una mujer adorable. Los cabellos blondos, vestida de rosa, la desconocida bailaba con tanta voluptuosidad que Gaspard se estremeció. Había recibido el flechazo en pleno corazón.

—Amo a esta mujer—se dijo—; me es ya indispensable. La invitaré al próximo baile.

La orquesta, ¡cómo no!, ejecutaba un charlestón. Gaspard se levantó para ir a sacar a bailar a la dama de rosa.

Dió la vuelta a las mesas, pero no la vió. Volvió a recorrer el salón; tampoco. Se dirigió al "maitre d'hotel".

—¿Ha visto usted a esa mujer rubia, vestida de rosa, que bailaba el tango con un negro?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado.

—¡Ah!

—Pero el negro está ahí.

—El negro para usted.

—No, gracias.

—¿Usted la conoce?

—No, señor.

—Gracias.

—Es necesario que yo la vea; tengo que hablarle, declararle mi amor...

Gaspard decidió explorar París en busca de la bella.

Como era rentista, no tenía ocupación ninguna que le restase el tiempo y se consagró a la busca de la desconocida.

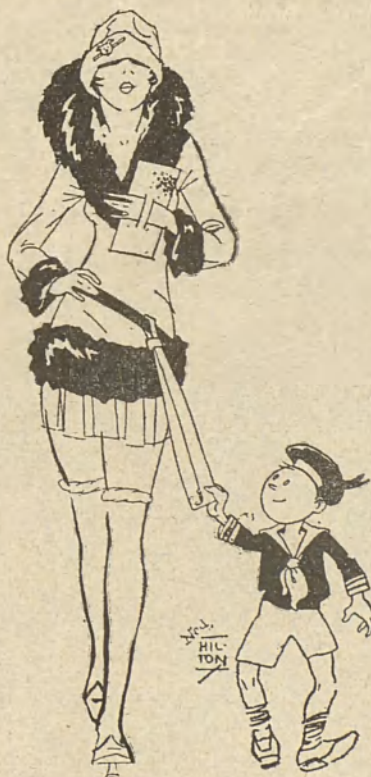
Metódicamente, Gaspard se paseó

por todos los barrios de París. Se le veía tan pronto en Passy como en las Ternes. Iba de la sucia calle de Mouffetard a la aristocrática avenida del Bosque. No veía a ninguna mujer vestida de rosa.

Fué a ver representar todas las obras de teatro, todas las revistas; era espectador asiduo de todos los circos, de todos los cabarets. En ninguna parte veía a la dama de rosa.

Frecuentó todos los dancings; nada.

Visitó los grandes almacenes y los pequeños, hasta las exposiciones de pinturas. No vió a la desconocida.



*Del Judge.*

*Procedimiento sencillo para poder alcanzar las faldas de mamá.*

Durante cinco años no dejó rincón de la gran ciudad que no explorase.

Nunca, nunca volvió a encontrar a la dama de Armonville, a quien adoraba.

Se desanimó.

—Debe ser una extranjera—pensó—que se ha marchado ya a su patria. O una provinciana que ha regresado a su provincia; pero ¿cuál provincia? Yo no puedo recorrer el mundo entero para buscar a una mujer a quien amo y de la cual no conozco más que el color de su pelo y el tinte de su vestido. Este, como sus cabellos, han cambiado ya tal vez de color. No puedo vivir sin ella. Y como no la encuentro ni la veré jamás, sólo me resta morir.

Pero como era persona de orden, decidió matarse en su casa.

Allí se dirigió.

Cuando se hallaba a cinco metros del inmueble en el cual habitaba, divisó la silueta adorable de la mujer que amaba. Seguía siendo rubia y llevaba el vestido rosa.

Iba a abordarla cuando la dama entró en la casa.

Decidió esperar a que saliera, y entonces le diría cuánto la amaba. Aguardó una hora, dos horas, tres horas; no salía.

La casa, sin embargo, no tenía otra salida.

Entró en la cabina del portero.

—Buenos días, monsieur Gaspard.

Puso cien francos en la mano del guardián.

—¿Qué desea usted?

—Hace tres horas que ha entrado aquí una señora vestida de rosa.

—¿Madame Lasso?

—¡Ah! ¿Sabe usted su nombre? ¿Quién es? ¿Adónde iba?

—Es una de las inquilinas más antiguas de la casa, monsieur Gaspard. Lleva viviendo aquí casi tantos años como usted. Lo menos diez.

G. P.



# EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

## AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

Un guarda sorprende a un cazador.

—Fuera de aquí—le dice—, que esto está vedado.

—Tengo permiso verbal del dueño.

—A ver, enséñemelo usted.

M. A. de los Corrales.—Jerez de la Frontera.

Un señor se encuentra en la calle un queso y va a la Comisaría a entregarlo.

## SEÑORAS

Si estais obesas usad siempre faja «PRESA» Son sus orsés, los mejores; sus sostenes, superior-s. Si vuestra salud, señora, de veras os interesa, no pierda usted ni una hora... visitela «CASA PRESA»!

El comisario.—Le felicito a usted por su acto. Si nadie lo reclama, pasado un año y un día puede usted pasar a recogerlo.

E. de U.—Bilbao.

Entran dos cañís en un templo y se paran ante una imagen de Cristo en la Cruz. Y exclama uno:

—¿Quién ez eze zeñor?

—Nuestro Zeñor Jezucristo—le contesta el otro.

—¡Pobrecito, cómo eztá!... ¿Y de qué murió?

—¿No lo lees arriba, que allí pone Inri? Poz de ezo mizmo: de «Inrritación».

Carmenchu.—León.

Entre amigos.

Polito.—¿A que no sabes cual es el boxeador más simpático?

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

Una gitana llega a casa de un fotógrafo y le dice:

—Vengo a vé si me pué osté sacá un retrato del probesito de mi mario que se me ha muerto hace tre día.

El fotógrafo le pregunta si conserva alguna fotografía.

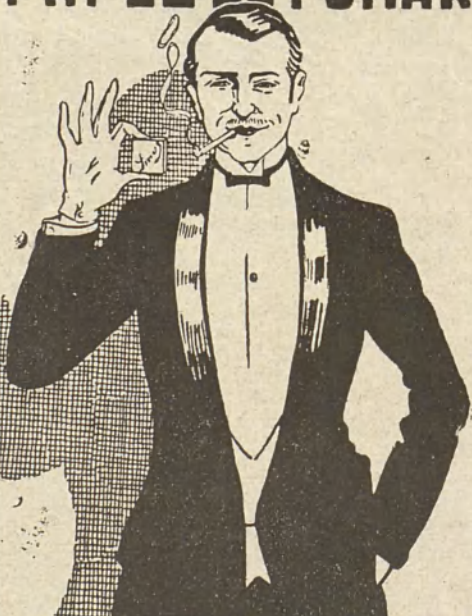
La «cañi», muy contrariada, responde:

—No conservo ninguna, pero eso no importa; tome osté la cédula personá.

J. L. Lopez.—Puerto de Santa María.

## PASTILLAS DE CAFE Y LECHE VIUDA DE CELESTINO SOLANO Primera marca mundial LOGROÑO

## EL INMEJORABLE PAPEL DE FUMAR



SMOKING  
ES EL PREFERIDO

## SUSPIROS DE ESPAÑA Vino de damas; exquisito para meriendas Bodegas de LOS CEAS

Pocholo.—¿Quién es?

—Uzcudun, porque tiene cada golpe... que tira de espaldas.

M. P. G. Uruburu (aficionado).

—¿Dónde hay curas sin corbillas?

—En los hospitales y casas de socorro.

Tri-ki-tra-ke.—Cádiz.

## La Horra sólo La Horra

Comunican de Pozuelo han pasado doce trunks con hormas para sembreros destinadas a Alcañices

Montera, 15 entlos.

Como veis, bellas lectoras, teneis endonde escoger, bien en 15 de MONTERA o en FUECARRAL, 26

El papá.—Eres muy bruto, y te voy a meter de un bofetón en esa pared, a ver si aprendes.

El niño.—Y así, ¿cómo voy a aprender?

—Porque es una pared maestra.

KK.-U.-ET.—La Puerta de Segura (Jaén).

El jugador de mus va a confesarse.

El sacerdote. — ¿Cuántos son los mandamientos de la ley de Dios, hijo mío?

El penitente.—¡ Tres!

El sacerdote.—¡ Siete más!

El penitente.—¡ Ordago!

Socarratus Escarlatinatus. Gijón.



—¿En qué se diferencia un toro bravo de la plaza de toros de Carabanchel?

—En que el toro embiste en serio, y la plaza en Vista-Alegre.

R. Rozas.—Llanes.

El profesor.—¿Por qué la serpiente tentó primero a Eva y no a Adán?

El alumno.—Por galantería.

Flor de Loto.—Logroño.

En una fiesta particular.

—Está usted cansado, por lo que veo, caballero.

—¡Ah! ¡Esto es horrible! ¡Estoy atrozmente fastidiado!

—Yo también.

—¿Quiere usted que nos vayamos?

—Yo no puedo.

—¿Por qué?

—Porque soy el dueño de la casa.

A. B.

—¿Cuál es el colmo de un manco?

—Vender una casa de segunda mano.

Una soña de San Sebastián.

Un gitano llegó a la sacristía de la iglesia del pueblo preguntando con mucha urgencia por el

## OZONOPINO Ruy-Ram

cura párroco, al que tenía que informar de un asunto de importancia.

Aunque al bueno del sacerdote le eran poco agradables las visitas de los faraónicos, aceptó el recibir al tal, porque supuso que se trataría del bautizo de uno de sus hijos, que llevaba más de tres meses sin recibir las aguas benditas.

—Oiga, pare; yo vengo a tratar con su mercé del bautizo del niño, porque ya man convención de lo necesario que es "la ducha" pa que tos los papeles estén en regla; pero zin zabé lo que vale, no me meto en estos pleitos, porque zoy más pobre que las ratas.

—Bueno, hermano, bueno. Yo procuraré que la cosa sea barata y tú quedas contento—añadió el párroco arrellanándose en el sillón y disponiéndose a hacer la cuenta—. Verás... Por ves-

tirme de ornamentos sagrados te cobraré cinco pesetitas, ¿no te parece bien? Después, ¡qué menos que diez realitos al organista por tocar alguna cosita durante el bautizo!... Finalmente, al monaguillo, por tener la vela en la pila, le daremos una pesetita. ¿Estás contento?

—Verá usted, pare. A mí me parece que podemos arreglar la cuestión de otra manera—contestó el gitano algo azorado al escuchar la relación administrativa del "santo varón"—. Usted, pare, en lugar de ponerse esas cosas que ha dicho, como estamos en agosto, debe usted quedarse en calzoncillos blancos, y ya me ahorro un duro por ese lao. En lugar de organista, pue venir un compare mío que es tuerto y toca mu bien la guitarra, y ya er niño escucha algo alegre y me ahorro los diez realitos del tío de la música; y al monaguillo, que pida entre el público mientras yo alumbro con un cerillo, y con lo que coja el monago hasta podemos sacar pa usted y pa mí...

A. Fresneda.—Madrid.

Un pedigueño afamado tenía acosado a un su compadre para que le diera la ropa que no le sirviera. Este, para quitarse de encima al "peñma", le regaló una camiseta que era un colador.

Exasperado el agraciado cuando la vió, aquella misma noche aporreaba la puerta de su compadre.

Su mujer se asomó a la ventana.

—¿Quién llama?

—Soy yo, comadre. Si está el compadre dentro, haga usted el favor de decirle—y le mostraba la camiseta—que por cuál agujero meto la cabeza.

Emilio Mascort.—Sevilla.

En los tiempos de la guerra europea, cuando la lucha era más fuerte en los Cárpatos, un propietario rural, que se las daba de aliadófilo, al conocer la decisión de Italia de agregarse a los aliados, entró un día triunfante en el Casino del pueblo, anunciando a voces:

—¡Señores, ahora sí que no va a quedar un "cárpato" vivo! Cicatrizante.—Arnao (Asturias).



La mujer.—¡No te apures, Juan, que aun puedes agarrarte a la cañería!

**HERNIAS**  
Bragueros científicamente.  
J. Campos  
único MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Augusto Figueroa 8

**CANAS**

AGUA DE COLONIA  
HIGIENICA  
LA CARMELA  
FABRICA DE PERFUMES  
10077 CAROL

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta todas partes autor N. López Caro Santiago y Sucursales de Barcelona, Caspe, 3, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

SANTIAGO

### CUPON

correspondiente al número 346 de  
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea





# Correspondencia muy particular



**Gui-Gui (Barcelona).**—Encantadísima amiga: toda nuestra fogosa galantería, todo nuestro acendrado amor al bello sexo, todo nuestro decidido entusiasmo por el feminismo triunfante y avasallador, no bastan para que nos decidamos a publicar sus dibujos, que, dicho aquí en secreto y para que no se entere nadie, son todavía demasiado ingenuos de factura, aunque debemos hacer constar que los chistes son eminentemente graciosos, como ya los quisieran muchos dibujantes profesionales.

**Pope (Valladolid).**—Ilustre cofrade: hay en esta santa casa dos trabajos suyos en espera de publicación. El último que envié, titulado "Maximino Peribáñez", no está en espera de nada, porque no tuvo la suerte de gustarnos como los dos anteriores.

**Torrijos (Málaga).**—El cuento humorístico es eminentemente flojo; y el dibujo que lo ilustra, eximigamente imposible. Lo sentimos de un modo egregio y le recomendamos a usted una resignación de las más ilustres.

**P. M. S. (Bilbao).**—No sirve tampoco su último envío.

**C. P. R. (Cáceres).**—¿Con que usted es un ensayista? ¡Vaya por Dios! ¡Lo malo es que usted lo que ensaya es a hacer el burro!... ¡Y lo peor es que lo hace usted magníficamente bien!...

**B. R. M. (Barcelona).**—¡Su narración "La vía láctea" es impropia de la "estación" en que nos encontramos!...

**Apresurado (Madrid).**—Usted será "Apresurado", no lo negamos; pero mandar en julio un cuento de la Navidad pasada, no demuestra la prisa por ninguna parte. Eso sí: adonde ha ido usted apresuradamente es al cesto.

**C. D. S. (Motril).**—Ese "Recuerdo a Sagasta" es, a nuestro modesto juicio, demasiado pretérito. Y, además de pretérito, muy imperfecto.

**C. B. T. (Burgos).**—Su automóvil, más afortunado que en el garaje, ha sido admitido por nosotros, y lo echaremos a andar cuando tengamos un rato disponible. Reciba usted nuestra cálida enhorabuena por tan insólito triunfo.

**Ribalta (Castellón de la Plana).**—¡Catastrófico!

**L. B. S. (Orense).**—Si no tiene usted otra cosa más urgente que hacer, le rogamos que envíe la firma para colocarla al pie de su elucubración, que ha sido aceptada con entusiasmo cinégetico y que entra en turno pacífico para su publicación, que será un día de estos o de los otros, pero que será, esté usted tranquilo.

**Berzota (Madrid).**

La crónica de Berzota en el cesto yace rota; pues, a más de ser idiota, es bastante cochinita.

**R. M. J. (Valencia).**—La festiva camelancia financiera, titulada "Franco estabilizado y Rada al lado", no está a la altura del bien ganado prestigio de usted en nuestros dominios. Queda, por tanto, frenéticamente desestimada.

**A. Santi (Madrid).**—Lo de usted es reguarcillo, tolerable y tal cual; pero no tanto como para hacernos perder la razón y apresurarnos a publicarlo. Afine usted y no desmaye, que Velázquez (¡y era Velázquez!) no empezó pintando "Las meninas".

**Norberto (Sevilla).**—Los dibujos que usted nos manda, no nos dicen nada en el terreno humorístico. Son trabajos de academia, pero nada más. De su perfección, meramente escolástica (y algo Laureana), no es cosa de hablar aquí. Están bien, pero no tienen gracia; algo de lo que dijo la zorra al busto: son cabezas hermosas, pero sin seso.

**A. T. O. (Madrid).**—¿Con que se ha enfadado usted con nosotros? ¿Con que no volverá usted a mandarnos más trabajos?... ¡Pues chóquela usted!

amigo mío! ¡Si era eso lo que estábamos deseando ardentemente hace dos años!!

**Mariano. (Porcuna).**

¡Oh, carísimo Mariano! ¡Oh, gran hombre de Porcuna! ¿Ha hecho *usted* eso con la mano? ¿Con la izquierda o con ninguna? Y lo digo porque se ve la pata mucho más que la mano, y eso me trae bastante preocupado.

**B. G. C. Huelva.**—Estúpido hasta la muerte.

**B. E. L. Carabanchel.**—¡Provecharemos el chiste del zapato estrecho, pero el dibujo no nos entra ni con calzador. ¿Era eso lo que usted quería en el caso de que fracasase su laminita? ¡Pues ya está!

**J. P. C. San Sebastián.**—¡Bien! ¡Muy bien! ¡Magnífico! ¡Admirable! ¡Fantástico! ¡Cosmogónico! ¡Desopilador!... ¡Eso es escribir, y lo demás son harices y armas al hombro!

Véase la clase, verdaderamente extra, que gastas para andar por casa:

"Surge Enriqueta desnuda de la caseta. En el mar su cuerpo moja. con voluptuosidad extraña. Y no se sonroja cuando el agua su cara-baña..."  
Y a propósito: púrgate. ¡Que debes de tener un atasco de versos idiotas que te van a dar una congestión!

**Bazin.**—¡Quítese usted la zeda del seudónimo, que en seguida le enviaremos la letra que debe sustituirla!

**R. E. G. Cádiz.**—Están bien los dibujillos últimos, pero es forzoso que los mande usted en negro si quiere que publiquemos alguno. En color no se pueden reproducir, como usted debe saber. Y si no lo sabe, ¡ya lo sabe!



El director del circo (a un empleado, después de la caída del cajón).—¡Corra, Francisco! Vea si el pobrecito tigre no se ha lastimado, y vuelva a meterlo en el cajón mientras yo espero aquí.





# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUYENTE

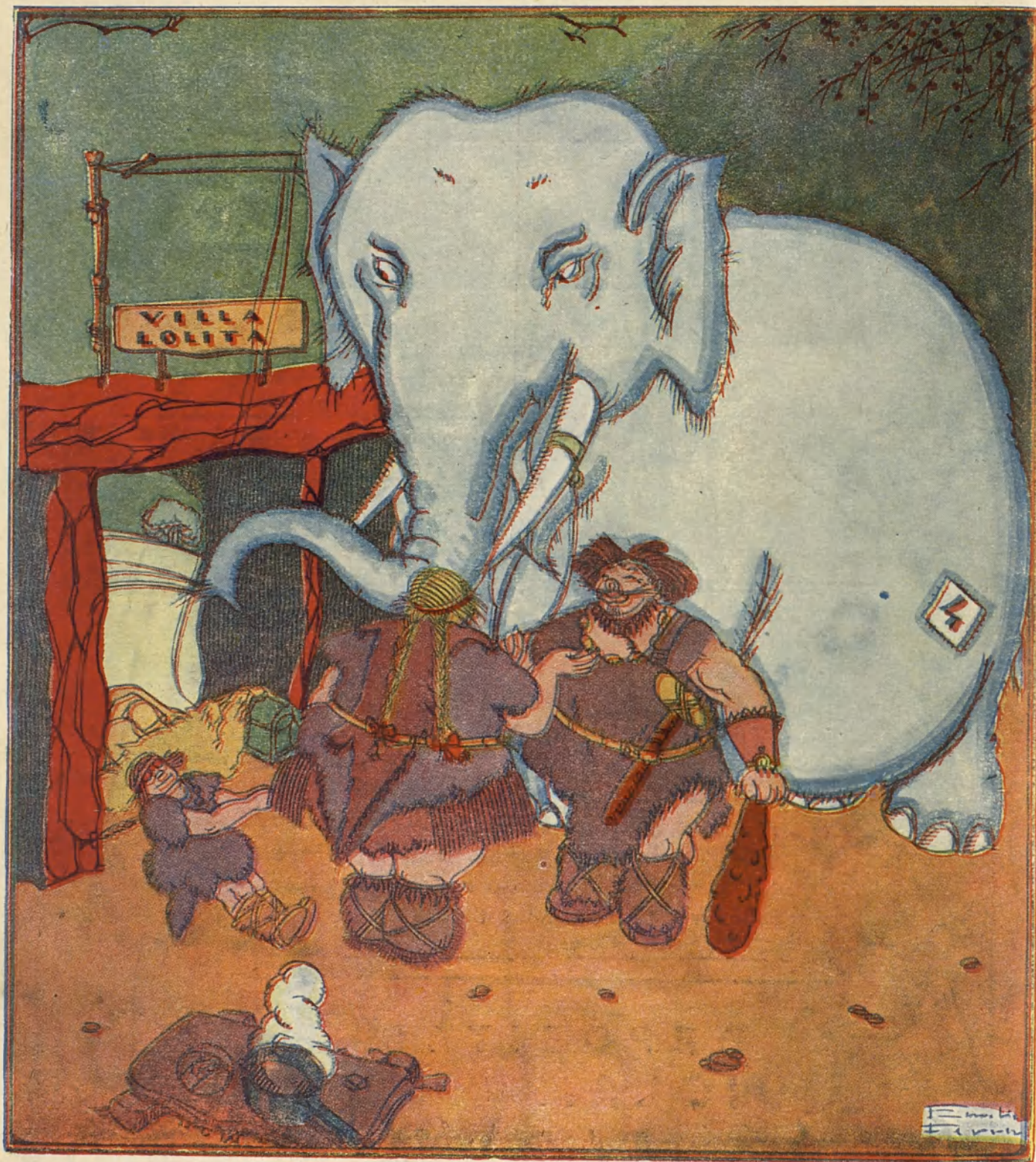
Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

PRENSA NUEVA.—Calvo Asensio, 3, MADRID



# BUEN HUMOR



Dib. FERRER.

Ella a su marido, que acaba de llegar de un largo viaje.—¿Qué tal, maridito mío? ¿De dónde demonios vienes con este monumento?

El.—Calla, mujer, calla, que en las fiestas de Altamira me tocó en una tómbola.